jo balbuceando; al caballero le llega la arena á la cintura..... y la señorita Reina se hunde..... se hunde.....

La campana del monasterio lanzó al viento sus melancólicos tañidos.

De las galerías superiores bajó una voz.

Aquella voz decia:

—¡Hay desgraciados en peligro en la playa! ¡Orad por los que van á morir!

VIII.

Los arenales.

Cuando por fin la niebla hubo cedido el puesto á los brillantes rayos del sol de junio, el caballero Meloir se encontró solo en las inmediaciones del rio de Couesnon, á dos leguas, por lo menos, de la tierra firme.

El caballero Meloir ignoraba qué se habia hecho su escolta.

Estaba de un humor terrible.

Una cosa, así como un remordimiento, se agitaba en el fondo de su conciencia, porque nada llama tanto al remordimiento como el mal éxito de una empresa.

Ahora bien, el caballero Meloir era un hombre harto prudente para no reconocer que habia frustrado vergonzosamente su empresa.

El sitio y la cacería habian tenido igual resultado.

BIBLIOTECA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA N. 11

—¡Ira de Dios! como decia el buen Meloir, ¡condenar uno su alma cuando se hace á buen precio, pase! ¡Pero entregarse gratis á Satanás, qué locura! ¡Cómo se reirá ese maestro del mal!

A la verdad, en aquel momento de cansancio y de derrota se desvanecia su filosofía, y no estaba Meloir muy léjos de confesar su falta y decir el *Mea culpa*.

Y esto con tanto mas motivo, cuanto que pensaba en el porvenir, en donde veia imágenes aterradoras.

Habia errado el golpe, y su crímen seria castigado.

Meloir decia todo esto en el tono de Orestes, dando gracia á los dioses.

¡Ay Dios! ¡ay Dios! no todo es de color de rosa en la vida de un buen hombre que desea para sus últimos años la tranquilidad, uno ó dos castillos, jaurías, y una mujer á su gusto; en fin, el *aurea mediocritas!*.... y que se ha desviado un poco de la línea recta para alcanzar tan grato resultado.

De pronto distinguió en el opuesto lado del Couesnon á dos labriegos que iban caminando. Se habia apresurado en demasía á perder las esperanzas.

En efecto, uno de aquellos campesinos llevaba una ballesta al hombro, y el otro vestia un traje que despertó algunos recuerdos vagos en la mente del caballero Meloir.

Una piel de carnero atada en forma de bandolera y que parecia haber prestado largos servicios.

Meloir se acordó de aquel guia jóven de larga cabellera á quien habia interrogado inútilmente algunos dias antes, y al que maese Vicente Gueffes tenia tanto empeño en hacer ahorcar.

El pobre niño caminaba dificultosamente. Parecia que le abrumaba el cansancio.

Su compañero y él eran indudablemente fugitivos de la aldea de San Juan de las Playas. Meloir imaginó que podrian darle algunas noticias, y les mandó que se parasen.

El muchacho de la piel de carnero y el labriego que llevaba la ballesta no se cuidaban de obedecer, y por el contrario apresuraron el paso.

Meloir escogió un sitio en que el Couesnon corria sobre la arena con poca profundidad, sin orillas y casi á flor de tierra.

Estos pasos son los vados mas seguros.

Meloir lanzó por allí su caballo.

Entonces pareció que el muchacho y su compañero se consultaban mútuamente. El primero hizo un ademan de desesperado desaliento, y ambos se detuvieron.

El labriego armó su ballesta y se puso delante del muchacho.

—¿Qué diablos quiere decir esto? murmuró Meloir.

En seguida añadió en alta voz:

—Buenas gentes, no os haré daño alguno.

Un dardo de acero fué á herir la frente del caballo, que se levantó de manos y cayó muerto.

—¡Ahora, huyamos! exclamo Julian le Priol, el de la ballesta; sus armas le estorban, y no podrá alcanzarnos.

¡Oh! de seguro que Reina de Maurever, la que iba vestida con la piel de carnero, la misma que en otro tiempo habia frustrado durante largo espacio la persecucion de Juanillo, se habria escapado, sin gran trabajo, del caballero Meloir.

Pero padecia mucho á consecuencia de su herida, y estaba abrumada por el cansancio.

Trató de seguir á Julian; mas no pudo y cayó desplomada en la arena.

—¡Ira de Dios! exclamó Meloir exasperado; ¿así te portas, picaro villano? ¡Diez bribones como tú no bastarian para pagar el valor de mi buen caballo!..... ¡Aguarda!

Tomó carrera y llegó junto á Julian con la espada levantada.

En aquel momento fué cuando Aubry de Kergariou aplicó

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA

el ojo al telescopio elemental fabricado por mosen Juan Connault prior de los monjes, y aficionado á la física.

Julian aguardó al caballero á pié firme, y le hirió con un segundo disparo de ballesta.

Pero solo tenia su corto cuchillo de monte para defenderse y parar los golpes de la larga espada de Meloir. Al primer choque fué derribado al suelo.

—¡Adios, señorita Reina!..... dijo al morir; Dios os proteja... ¡he hecho cuanto he podido!.....

—¡Reina! exclamó Meloir, quien no acertaba á creer lo que estaba oyendo.

Miró al supuesto mancebo, y conoció, en efecto, á la hija de Maurever.

—¡Oh! ¡oh! dijo, ¡hé ahí porqué ese villano pretendia oponer resistencia á un caballero!

—Señorita, añadió inclinandose cortesmente, ¡no habeis hecho mas que cambiar de servidor!

. . . . . .

En aquel momento entraba Aubry en la playa, montado en el caballo del señor de Ligneville.

Maese Loys volaba, rozando la arena con su vientre.

Hácia al Noroeste, la línea azul adelantaba tambien corriendo. ¡El mar galopaba!

. . . . . .

El Caballero Meloir se habia acercado á Reina, y procuraba levantarla. Aunque no conocia exactamente los peligros de aquellas playas, no podia menos de ver y oir el mar.

Reina estaba casi desmayada.

El caballero, en los esfuerzos que hizo para levantarla, no reparó al pronto en que la arena cedia y se hundia bajo sus piés.

Iba pesadamente armado.

Cuando lo observó, la arena húmeda le llegaba á las rodillas.

Soltó á Reina y quiso desembarazarse.

Como sucede siempre, ó casi siempre, sus esfuerzos solo sirvieron para profundizar mas y mas el agujero que iba á ser su sepulcro.

Vió que la arena le llegaba mas arriba de las rodillas, y su semblante se puso lívido.

—¡Habré de morir aquí! dijo manifestando su pensamiento en alta voz.

Reina le oyó.

Se incorporó como galvanizada.

Echada en el suelo como estaba antes, y ocupando por lo tanto una superficie mas extensa, apenas habia hecho hoyo en la arena.

Para levantarse y huir, no tenia que hacer sino un esfuerzo leve, porque sus piés no se hallaban aprisionados, como los del caballero, en la arena movediza, pesada y blanda.

La esperanza renació mas fuerte que nunca en su corazon.

El pensamiento de Aubry, que poco antes le llenaba de desconsuelo, fué á darle nuevas fuerzas.

Fijó una mirada en Meloir, quien iba hundiéndose por grados.

—No puedo salvarle, murmuró.

Y su blanca mano se apoyó en la arena para ayudar el movimiento de su cuerpo.

Pero otra mano de hierro sujetó la suya con fuerza.

Meloir tenia en los labios una sonrisa fúnebre.

—Este es nuestro lecho nupcial, Reina de Maurever, dijo. ¡Habia jurado que seriais mi esposa!

Reina lanzó un grito de horror.

En aquel momento fué cuando, desde lo alto de las galerías

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA N. 11

superiores, bajó una voz á la plataforma del monasterio y dijo:

—¡Orad por los que van á morir!

Todos los que se hallaban en la plataforma se habian arrodillado.

La campana lanzó al viento un toque fúnebre.

El anciano Maurever, mas pálido que un cadáver, pero con los ojos enjutos y el acento firme, contestaba á la oracion que los frailes recitaban en alta voz.

Juanillo, Simoneta, su padre y otros vasallos de Maurever lloraban silenciosamente.

Al Noroeste, la gran línea azul adelantaba, brillante, bajo los rayos del sol.

El caballo de Aubry devoraba el espacio, precedido siempre por maese Loys, el gran lebrel negro.

¿Quién llegaria antes? ¿el mar ó el caballero? ¿la muerte ó la vida?

. . . . . .

Reina no habia lanzado mas que un grito.

Luego, su hermosa cabeza rubia se echó hácia atrás, mientras sus grandes ojos azules se alzaban al cielo.

Ella tambien oraba.

Oraba por su padre y por Aubry, antes de hacerlo por sí misma.

Meloir la devoraba con una mirada de condenado.

A Meloir le llegaba la arena mas arriba de la cintura.

Una vez, el viento llevó el sonido lejano de la campana de San Miguel.

Meloir se sonrió.

Reina volvió la cabeza.

Fijó una mirada en las playas bretonas.

Una eminencia leve le indicó el sitio en que el castillo

de San Juan de las Playas se ocultaba detrás de los árboles.

Allí era donde habia trascurrido su venturosa infancia. Allí era donde habia visto á Aubry por primera vez.

¡Sus pobres ilusiones de jóven!

—¿Pensais en él, Reina? dijo Meloir, que queria hablar con ironía, pero sus dientes castañeteaban.

—¡Pensad en Dios! replicó la jóven, serena y tranquila ante su última hora.

Se oia el sordo bramido de las olas.

A Meloir le llegaba la arena al pecho.

Su mano de hierro sujetaba con fuerza el brazo de Reina.

De pronto volvió la cabeza. Maese Loys saltaba en las aguas del Couesnon, á donde llegaba ya el mar.

Y Aubry iba detrás de maese Loys.

—¡Aubry! ¡Aubry! ¡á mí! gritó Reina.

Meloir, por medio de un esfuerzo desesperado, intentó atraerla hácia sí.

Sus ojos extraviados revelaban cuál era su intento.

La venganza que se le escapaba, queria recuperarla violentamente y arrojar un cadáver al hombre que iba á buscar á su prometida.

—¡A mí! Aubry, ¡á mí! repitió la jóven que se resistia, pero que se sentia arrastrada invenciblemente.

—¡No moriré solo! murmuró Meloir, cuyo semblante se contraia.

En el momento en que con la otra mano iba á tocar á la arganta de Reina, Aubry pasó mas rápido que una flecha.

Su lanza habia atravesado de parte á parte la garganta de Meloir.

Meloir profirió una blasfemia y soltó á Reina.

La arena ocultó su herida. Ya no tenia mas que la cabeza fuera del remolino.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Y el mar mojaba ya los vestidos de Reina; pues ella tambien se hundia lentamente en la arena movediza.

Aubry saltó al suelo y puso su lanza atravesada para asegurar sus piés.

—¡No tendrás tiempo! dijo Meloir sonriendo á las olas que iban á bañarle el rostro.

¡Tenia un semblante de réprobo!

El caballo, tan luego como sintió que el agua le llegaba á las patas, lanzó un resoplido y alzó el hocico buscando la direccion en que habia de huir.

Aubry se sintió desfallecer, porque la imaginacion no puede concebir un peligro mas terrible y cercano que el que por todas partes le abrumaba.

Si el caballo huia, Reina quedaba perdida sin remedio.

Aubry se separó de ella, cogió la brida del caballo y la puso en la boca de maese Loys, diciendo:

—¡No te muevas!

El caballo se rebeló y dió un salto.

—¡Corre! ¡corre! gritó Meloir con voz ahogada y moribunda.

Maese Loys se colgó de la brida.

Las olas pasaron por encima de la cabeza de Meloir.

Aubry tenia á Reina en sus brazos. ... Montó á caballo con su precioso fardo.

Y maese Loys saltaba, loco de alegría, en medio del mar que subia.

—¡Corre! ¡corre! gritó Aubry á su vez.

El agua saltó bajo las herraduras del buen caballo.

Del caballero Meloir, nadie se ocupaba ya. Su último suspiro produjo una burbuja de aire en la superficie de las olas. La burbuja reventó. No hubo mas.

Reina sonreia entre los brazos de su amante.

Daba gracias á Dios con toda su alma.

¡ Salvada ! ¡ salvada por Aubry ! ¡ Dos alegrías inmensas !

En la plataforma de San Miguel, Mr. Hue de Maurever daba gracias á Dios tambien, porque merced al anteojo milagroso asistia en realidad al drama lejano y rápido cuyo desenlace acabamos de describir.

No por sus propios ojos, que las lágrimas le cegaban, sino por los de Juanillo, que se habia apoderado del tubo de mosen Juan Connault, y no se le habria cedido al mismo rey de Francia.

Juanillo habia descrito todas las peripecias de la carrera y de la lucha.

¡ Jesucristo ! en el momento en que los crispados dedos del réprobo tocaron al cuello de la pobre Reina, Juanillo estuvo próximo á caer desplomado.

¡ Pero la lanza de Aubry !..... ¡ oh ! ¡ qué buen lanzazo !

¡ Y el galgo negro, que sujetaba con sus dientes la brida del caballo ! ¡ era todo un perro magnífico !

Fray Bruno, el muy truan, decia para sí : «En el año 50, el galgo de maese Aubry, que es mas avisado que muchos cristianos, etc., etc.»

En fin, una historia mas en el abundante granero de su memoria !

Y á medida que Juanillo hablaba, la concurrencia escuchaba con avidez.

Cuando Reina y Aubry estuvieron á caballo, hubo un prolongado grito de alegría.

Juanillo saltaba de contento y sentia como una fiebre, porque aun quedaba un enemigo terrible que combatir : ¡ el mar!

—¡ Oh ! decia, como si Aubry hubiese podido oirle ; ¡ á la derecha, señor, á la derecha, en nombre de Dios ! ¡ Delante de vos está el barranco de Courtils !..... ¡ Jesucrito ! ¡ el perro lo ha adivinado !.. .. ¡ Tuercen á la derecha !

BIBLIOTECA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA N. 11

—¡Vamos, vosotros! añadia dirigiéndose á los circunstantes, rezad un *Ave María*, pronto, muy pronto para que pasen los remolinos de arena movediza del Haut-Mené..... ¡ Pero no tendreis tiempo suficiente !... . ¡ Oh ! ¡ valiente perro ! ¡ noble animal ! los conduce en linea recta como si toda su vida hubiese estado pescando mariscos en los arenales..... ¡ Mirad ! ¡ mirad! ya salen del agua ; si pueden rodear la charca de Anguil, todo está dicho..... ¡ Vírgen santa ! ¡ Vírgen santa ! ¡ ya los alcanzan las olas otra vez !.... ¡ Clavad las espuelas, señor Aubry..... vamos, clavad las espuelas !

Se enjugó el sudor de la frente.

—¿ Qué pasa, niño, dí ? murmuró Maurever, quien ya no podia respirar.

Juanillo tardó un segundo en contestar.

Luego dejó el anteojo y comenzó á dar saltos y cabriolas como un loco por toda la plataforma.

—¡ Han rodeado la charca ! dijo, ¡ oh ! ¡ valiente perro! ¡ Ahora ya podeis ir á la iglesia á dar gracias á Dios !...

Media hora despues estaba Reina en los brazos de su padre.

Juanillo abrazó y besó á maese Loys, y le juró eterna amistad.

—¡ Esto está bueno ! dijo fray Bruno ; todos están contentos excepto yo : el señor Aubry será armado caballero, piel de carnero será escudero del señor Aubry. ...

—¿ Qué pides ? exclamó Mr. Hue, que tenia sus labios apoyados en la frente de Reina. ¡ Eres todo un valiente !

—Solo soy un pobre fraile, señor, y esto me recuerda la aventura de Domineuc, el bollero del Vieux-Bourg, quien cantaba á su mujer Francisca Horacio, la prima de Estebanillo el de la granja quemada (que tenia los ojos en cruz como Barrabás), quien le cantaba..... Pero no os enfadeis, señor. Recuerdo en este momento que no os gustan las historias, y no os diré lo

que Domineuc cantaba á su mujer..... Solo que, por el silencio rigoroso que he guardado desde hace veinte y cuatro horas, os ruego que intercedais con mosen Juan Connault á fin de que me perdone la disciplina.

Fray Bruno obtuvo su perdon.

Al subir por la escalera de la enfermería, decia para sí:

—¡Me he batido para tener un brazo roto! ¡San Miguel Arcángel! ¡qué buena noche! ¡Si hubiese podido contar de vez en cuando alguna aventurilla, digo yo que la fiesta no hubiera tenido otra igual!..... Y esto me hace recordar la historia de Olivier Jicquel, el jorobado de Plestin, que voy á contar minuciosamente al hermano enfermero para desentumecerme un poco la lengua!

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

EPÍLOGO.

El arrepentimiento.

El dia 18 de julio del año de 1450, hácia las nueve de la mañana, una cabalgata seguia el camino de Ancenis á Nantes, por las orillas del Loira.

Hacia un tiempo malo y lluvioso. El magnífico rio corria triste y sin reflejos bajo el oscuro cielo.

La cabalgata se componia de un caballero, un hombre de armas y una señora jóven. Seguianles algunos criados.

Cuando llegaron á las puertas de Nantes, los guardias inclinaron sus alabardas con respeto ante el caballero, que era de edad avanzada.

La cabalgata pasó.

Los guardias se dijeron unos á otros:

—Hé ahí á Mr. Hue de Maurever que viene á tomar su revancha contra el duque Francisco.

Y á la verdad que el momento era muy favorable. El duque Francisco se estaba muriendo de una enfermedad singular y desconocida, cuyos primeros síntomas se habian declarado en la ciudad de Avranches, en la tarde de las honras fúnebres celebradas en la basílica del Monte San Miguel, por el descanso y salvacion eterna del alma de su hermano Gil, el 6 de junio del mismo año, *cuarenta dias* antes.

El duque Francisco habia celebrado córte con mas brillantez que ningun otro príncipe breton.

Por la ciudad se decia que la córte del duque Francisco rodeaba á Mr. Pedro de Bretaña, su hermano y su sucesor.

Algunos antiguos servidores permanecian junto á su lecho de muerte con Mma. Isabel de Escocia, su mujer, y con sus dos hijas.

Por la ciudad se decia, tambien, que allí se mostraba el dedo de Dios.

Ante la justicia del castigo desaparecia á los ojos de la muchedumbre la ingratitud de los cortesanos.

Nantes no era entonces esa ciudad blanca y nueva, llena de comerciantes, que hoy conocemos.

Nantes no era la ciudad amada de los viajeros comisionistas, puesto que entonces no los habia. ¡Oh siglos venturosos!

Nantes era la capital de aquel rudo y valeroso pais que con-